

LA IGLESIA.

El Agustín auténtico es un hombre apasionado por la Iglesia, su pasión es la "pasión" de la Iglesia; este es el sentido de sus palabras: "Esclavo soy de la Iglesia, máxime de sus miembros más débiles, sin que importe saber qué clase de miembro soy yo mismo" (El trabajo de los monjes 29,37). Sin la Iglesia no se le puede entender. Antes que fundador, polemista, reformador..., es el siervo de Dios que le preocupa sobremanera la unidad de la Iglesia, mejor dicho, si es fundador, polemista, reformador, pastor, es por la Iglesia y para la Iglesia; incluso, no está descaminado el afirmar que si es un gran pensador y teólogo, es por ser hombre-Iglesia y al servicio de la Iglesia. De aquí nace su obra, de aquí cobra sentido su vida.

Siendo el origen de la Iglesia Cristo, Agustín la ve como el Cuerpo de Cristo. Cuando la Iglesia es considerada como Cuerpo de Cristo, quiere decir que Cristo es su cabeza. Cristo como Cabeza de la Iglesia, comunica su vida y su dignidad a los miembros del Cuerpo, a los que le están unidos, y concede a la Iglesia como totalidad un valor inestimable. Cristo se hace hombre para fundar la Iglesia y encomendó su Iglesia a sus amigos al marcharse al Padre. Por la encarnación se une con la Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia es Madre verdadera que engendra a los cristianos a una vida nueva; que los alimenta con la leche de la verdad y que los fortalece con el pan de la sabiduría. Vuestro Padre es Dios, vuestra Madre, la Iglesia: "Pon tus ojos en el seno de la madre Iglesia; advierte su esfuerzo envuelto en gemidos para traerte a la vida, para alumbrarte con la luz de la fe... Como está escrito, alegrad a vuestro padre con vuestro progresar en la sabiduría y no contristéis a vuestra madre con vuestro desfallecimiento" (Serm. 216,7).

La unidad con Cristo que ora con nosotros y en nosotros, que sufre en nosotros, que es santo en nosotros, porque los miembros unidos al Cuerpo de Cristo viven del Espíritu de Cristo. Entiende por Iglesia la comunión de los fieles unidos sustancialmente en la fe en Dios y en Jesucristo, que forman el Cuerpo de Cristo. La tercera dimensión de Cristo, de las que nos habla, es el Cristo Total, que es la Iglesia, constituida por Cabeza y Cuerpo, que forman en su unión un único Cristo: "El tercer modo tiene lugar cuando se anuncia el Cristo total en cuanto Iglesia, es decir, la cabeza y el cuerpo" (Serm. 341,11). Es Cristo el que sufre enfermedad en el fallo de salud y el preso en el que este en la cárcel; esta verdad está cargada de consecuencias morales y no podemos vivir al margen de ella: "Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado. Cuanto padece su cuerpo, él mismo ha dicho que lo padece él" (Serm. 137,2). El misterio del Cuerpo Místico de Cristo es un misterio que tiene su origen en la encarnación; en algún momento parece inclinarse a que el motivo último de la encarnación ha sido para convertirse en Cabeza de la Iglesia, es decir, Cristo se ha hecho hombre porque quería ser Cabeza.

Lógicamente, este ser cuerpo de Cristo, miembros suyos, debe suponer para cada uno de nosotros una enorme alegría; debe movernos al agradecimiento. La plenitud de Cristo es el y nosotros, y el hombre tiene la responsabilidad de estar de acuerdo con la cabeza a fin de que el Cristo total llegue en su plenitud. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo, no es un 'como si...', no, somos Cristo mismo: "Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo, porque, si él es la cabeza y nosotros somos los miembros, todo el hombre es Él y nosotros" (Trat. Ev. Jn. 21,8).

Siendo una unión tan íntima, es normal que diga que lo que padeció Él lo sufrimos nosotros y lo que nosotros sufrimos, Él lo padece. Somos miembros de Cristo, sarmientos en la vid y, por tanto, todo lo nuestro, también el padecer, es del todo. Como podemos comprobar lo importante es que estemos unidos al cuerpo, pero no es menos importante que cada uno de los miembros vivamos para el todo. Las funciones que cumplimos, como sucede en todo cuerpo, no las cumplimos sólo para nosotros mismos, sino para el conjunto, para el todo; y es que cada uno tiene su propio don, o mejor dicho, cada uno es un don para los demás: “Si amas, algo tienes; porque, si amas la unidad, cualquiera que tenga algo en ella, lo tiene también para ti. Haz que se vaya de ti la envidia, y es tuyo lo mío. Haga yo que desaparezca de mí la envidia, y es mío todo lo tuyo. La palidez (envidia) divide y la salud (la caridad) une”(Trat. Ev. Jn. 32,8).

La unión entre Cristo y la Iglesia es tan estrecha que constituyen una sola persona -el Cristo total- de tal manera que podemos escuchar la voz de la Iglesia en Cristo y la voz de Cristo en la Iglesia. Esta unión es tan fecunda que hace capaz a la Iglesia de ser partícipe, progresivamente, de la belleza misma de Cristo; y esta unión es tan indisoluble que nadie puede amar a Cristo sin amar a la Iglesia, y viceversa: “Cuando mutuamente se aman los miembros, el cuerpo se ama a sí mismo... Si amas a la Cabeza, amas también a los miembros; y si no amas a los miembros, tampoco amas a la Cabeza” (Trat. Carta Jn. 10,3).

El alma y la vida de la Iglesia, cuerpo de Cristo, no es otro que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Se puede afirmar categóricamente que el que no tiene el Espíritu de Cristo, no puede pertenecer a la Iglesia, por el hecho de que la Iglesia es la continuación de Cristo en la tierra, es su cuerpo. El Espíritu Santo es a la Iglesia como el alma es al cuerpo humano; Él es el que unifica a todos los miembros del cuerpo, y, a la vez, Él es la misma vida del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, sin Él, solamente podemos ser miembros muertos, que podemos tener la forma, pero no la vida. Si no estamos vigorizados por el espíritu de Cristo, aunque nos creamos dentro de la Iglesia, no tenemos razón de ser. Es fundamental, por tanto, asegurarnos el tener el Espíritu para tener la vida y las fuerzas, para poder vivir del cuerpo: “Se reconoce el miembro de que se trata: es un dedo, una mano, un brazo, una oreja; fuera del cuerpo tienen solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia... Si el espíritu no te vigoriza interiormente, en vano te glorías externamente del rito” (Serm. 268,2). Y es que: “Vale más ser dedo y estar en el cuerpo, que ojo y estar separado de él”(Trat. Ev. Jn. 13,17).

El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo que es en la Trinidad. Él en Dios es Unidad; en la Iglesia une al Cuerpo con la Cabeza y forma el único Cristo. En Dios Él es Amor; en la Iglesia difunde el amor, por el cual cada miembro está al servicio de los otros miembros, cada uno con los dones propios, con las propias funciones. En Dios Él es Gozo eterno; en la Iglesia dona el gozo de la esperanza a aquellos que viven de fe. El Espíritu Santo constituye la unidad del Cuerpo de Cristo, porque vivifica todos los miembros de Cristo haciéndoles partícipes de la misma vida divina. Para los creyentes es esencial vivir en la unidad del Cuerpo de Cristo. El que no está en el Cuerpo, no está vivificado por el Espíritu Santo: “Sólo la Iglesia es el Cuerpo de Cristo..., fuera de la Iglesia el Espíritu Santo no vivifica a nadie” (Carta 185,11). Pero el Espíritu tiene la misión de atraer a todos los que están fuera de la Iglesia y santificar a los que están ya dentro de ella. El Espíritu Santo, que se nos ha dado, es nuestro amor y nuestra santidad eclesial, pero a condición de que estemos en el cuerpo místico de Cristo. Como es normal, esto lleva consigo un compromiso de unidad por nuestra parte, un estar unidos vitalmente a este cuerpo y vivir de él, porque “el Cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo” (Trat. Ev. Jn. 26,14). La Iglesia es madre porque en

ella se genera a la vida de Dios a todos por medio del Espíritu Santo. Por eso nos invita a mirar a Dios como Padre y a la Iglesia como madre: “Luego, carísimos, retened todos unánimemente a Dios por padre, y a la Iglesia por madre” (Com. salmo 88,2,14). La Iglesia es madre paciente que peregrina en la tierra, y pide a sus hijos que mantengan la paciencia.

En la concepción que Agustín tiene de la Iglesia están incluidos los justos que han sido, son y serán, porque todos pertenecen a Cristo y Él es el único mediador de gracia entre Dios y los hombres. Él y nosotros somos un Cristo, este es el misterio del Cristo total; Cristo es la cabeza y los miembros en unidad perfecta; Él está en la una y en los otros. Pone la encarnación como piedra angular de nuestro ser con Cristo un solo Cristo. Convertirse en cuerpo de Cristo no es efecto de esfuerzos ascéticos ni cuestión de voluntad; nadie por sus propias fuerzas puede conseguir el ser miembro de este cuerpo. Es obra de la gracia, es condescendencia divina: “Ved que os habéis convertido en miembros de Cristo. Si consideráis en qué os habéis convertido, todos vuestros huesos dirán; Señor, ¿quién como tú?” (Serm. 224,1).

Si todos formamos el Cuerpo de Cristo, ofender a un miembro es ofender a todo el cuerpo, en definitiva, al mismo Cristo. Comentando las palabras: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?', nos dice que Cristo sigue clamando desde el cielo en favor de todos sus miembros explotados y despreciados en esta tierra: “A Él en persona nadie le tocaba, pero en cuanto cabeza clamó desde el cielo en favor de sus miembros pisoteados en la tierra” (Serm. 64 A,2). Cristo, después de su resurrección, no se desentendió de los hombres, sino que, en virtud de que es cabeza del cuerpo, sigue padeciendo con el cuerpo, con cada uno de los padecimientos de sus miembros, sigue estando presente místicamente en todos los que sufren por cualquier causa; es Cristo el que hambrea en el que pasa hambre y necesita vestido en los desnudos. Es Cristo el que sufre enfermedad en el fallo de salud y el preso en el que este en la cárcel; esta verdad está cargada de consecuencias morales: “Ponderad, hermanos, a dónde llega el amor de nuestra Cabeza. Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado. Cuanto padece su cuerpo, él mismo ha dicho que lo padece Él” (Serm. 137,2).